

“NO HIZO COSA IGUAL CON NACIÓN ALGUNA”.

Éstas fueron las palabras con las que Su Santidad Benedicto XIV tituló la bula que emitiera el 15 de marzo de 1754, donde aprobó el título de la “Santísima Virgen María de Guadalupe” patrona principal de la nación mexicana y estableció su fiesta.

Ordinariamente se suele entender que es María la que no ha hecho cosa igual con ninguna otra nación pero, si María vino al Tepeyac y se asemejó al pueblo mexicano, fue por voluntad de Dios, pues Ella está en perfecta sintonía y obediencia al mandato del Padre que tanto nos ama. El amor maternal del Padre se expresa muy bien en María. Y si la Iglesia es madre lo es transmitiendo el amor de María, que nos dice: «No estoy yo aquí, que soy tu Madre».

Los hombres y mujeres de Dios actúan siempre movidos por Dios, y podemos decir que nuestro buen Padre Dios se manifiesta a través de sus santos. De un modo excelente, la llena de gracia vivió constantemente siendo la esclava del Señor, dispuesta en todo momento a que en ella se cumpliera su Palabra. Y así nos lo enseñó en su herencia espiritual en las bodas de Caná al decir a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga».

En verdad que Dios no ha hecho cosa igual con ninguna otra nación, pero este privilegio de nosotros los mexicanos se convierte en un compromiso de vida para llevar el buen testimonio de nuestra fe congruente con nuestra vida. Si muchos llevan la imagen de la guadalupana viviendo de modo indigno, nuestro compromiso aumenta para convertirnos en constructores de la paz, de la justicia, de la solidaridad entre todos los hombres.

S. E. R. Mons. Gustavo Rodríguez Vega
Vicepresidente de la CEM
Arzobispo de Yucatán

